

CAPÍTULO V.

De los persas, de los griegos y de Alejandro.

Cambises, hijo de Ciro, fue quien corrompió las costumbres de los persas. Su padre, tan bien educado en el arte de la guerra, no tuvo bastante cuidado para dar al sucesor de un tan gran imperio una educacion semejante á la que él recibiera; y, por la suerte ordinaria de las cosas humanas, la escesiva grandeza fue perjudicial á la virtud. Darío, hijo de Histaspes, que de una vida privada subió al trono, llevó consigo mejores disposiciones para ejercer el poder soberano, é hizo algunos esfuerzos para reparar los desórdenes. Pero la corrupcion era ya demasiado universal; la abundancia habia introducido un gran desarreglo en las costumbres; y el mismo Darío no habia conservado bastante fuerza para reformar enteramente las de los demas. Todo degeneró en tiempo de sus sucesores, y el lujo de los persas no tuvo coto ni medida.

Pero aunque estos pueblos que llegaron á ser tan poderosos hubiesen perdido mucho de su antigua virtud abandonándose á los placeres, conservaron siempre algo de grande y de noble. ¿Qué cosa mas noble que el horror que tenian á la mentira, que pasó siempre entre ellos por un vicio vergonzoso y bajo? Lo que reputaban

todavía por mas vil, despues de la mentira, era vivir de prestado. Una vida semejante pareciales holgazana, vergonzosa, servil, y tanto mas despreciable, cuanto que conducia á la mentira. Por una generosidad natural á su nacion, trataban atentamente á los reyes vencidos; y por poco que los hijos de los príncipes vencidos fuesen capaces de acomodarse con los vencedores, dejábanles mandar en su pais con casi todos los atributos de su antigua grandeza. Los persas eran atentos, urbanos, liberales para con los estrangeros, y sabian servirse de ellos. Tambien sabian conocer y distinguir á los hombres de mérito, y no omitian diligencia para ganárselos. Es verdad que no llegaron á poseer los conocimientos perfectos de aquella ciencia que enseña á gobernar bien: su grande imperio fue siempre regido con alguna confusion; jamas supieron encontrar este bello arte, de que despues hicieron tan buen uso los romanos, de unir todas las partes de un gran estado y hacer de ellas un todo perfecto. Tampoco supieron cortar las revoluciones considerables que continuamente se suscitaban en el imperio, no obstante que no carecian de política. Eran conocidas entre ellos las reglas de justicia; y tuvieron grandes reyes que las hacian observar con admirable exactitud. Los crímenes eran severamente castigados; pero con tal moderacion que al mismo tiempo que eran indulgentes para con las

primeras faltas, reprimian las reincidencias con rigurosos castigos. Tenian bastantes leyes muy buenas, casi todas hechas por Ciro y por Darío, hijo de Histaspes. Tenian tambien máximas de gobierno, y consejos arreglados para llevarlas á ejecucion, y una gran subordinacion en todos los empleos. Cuando se decia que los grandes que componian el consejo eran los ojos y los oidos del príncipe, teníase presente al mismo tiempo que el príncipe tenia sus ministros como nosotros tenemos los órganos de nuestros sentidos, no para descargarse y descuidar en ellos, sino para gobernar por medio suyo; y que los ministros no debian obrar por sí mismos, sino por la voluntad del príncipe y en ventaja suya, por ser su gefe, y en beneficio de todo el cuerpo del Estado. Los ministros debian estar instruidos en las antiguas máximas de la monarquía. Se llevaba un registro en que se anotaban todas las actas y acuerdos del consejo para que sirviese de regla á la posteridad, y en él se anotaban tambien los resultados que se habian obtenido para que sirviesen de norma en lo sucesivo: anotábanse tambien en él los servicios que cada uno habia prestado, para obligar al príncipe á que no dejase de recompensarlos sin mengua suya, y para evitar al estado las desgracias que resultan cuando no se premia el mérito de los hombres que se distinguen. Hé aquí un buen modo de interesar á los particu-

lares en el bien público, enseñándoles que no debian jamas sacrificarse por sí solos, sino por el rey y por todo el estado, en cuya prosperidad todos y cada uno debian encontrar su bienestar. Uno de los primeros cuidados del príncipe consistia en hacer florecer la agricultura; y los sátrapas cuya provincia estaba mejor cultivada obtenian la mayor parte de las gracias. Asi como habia inspecciones establecidas para que vigilasen al ejército, las habia tambien para que inspeccionasen los establecimientos rústicos: venian á ser dos establecimientos semejantes, de los cuales el uno tenia á su cargo la vigilancia en la defensa del pais, y el otro en su cultivo. El príncipe les protegía con una afeccion casi igual haciéndoles concurrir al bien público. Los mas honrados, despues de los que habian conseguido distinguirse en el arte militar, eran los que habian criado muchos hijos. El respeto que se inspiraba á los persas, desde su infancia, á la autoridad real llegaba ya hasta el esceso, pues que se escedian hasta el punto de tributarle adoracion, y mas bien parecian unos esclavos que súbditos sumisos por razon y conveniencia á un imperio legítimo: este era el espíritu de los orientales; y acaso el carácter vivo y violento de aquellos pueblos exigía un gobierno mas fuerte y mas absoluto.

La manera con que se educaba á los hijos de los reyes fue admirada por Platon, y se la

propuso á los griegos como modelo de una educación perfecta. Al llegar á la edad de siete años se les sacaba de las manos de los eunucos, para enseñarles la equitación y ejercitarles en la caza. A la edad de catorce años, cuando su razón empezaba á desarrollarse, se les entregaba á cuatro hombres de los mas virtuosos y mas sábios del Estado, para que cultivasen su espíritu y les instruyesen en las ciencias. El primero, dice Platon, les enseñaba la mágia, es decir, en su lenguaje, el culto de los dioses segun las antiguas máximas, y segun las leyes de Zoroastro hijo de Oromasb. El segundo les acostumbraba á decir la verdad, y á administrar justicia. El tercero les enseñaba á vencer sus pasiones, para que fuesen siempre libres y verdaderamente reyes, señores de sí mismos y de sus deseos. El cuarto fortificaba su valor, para desvanecer en ellos la timidez y el encogimiento que pudieran esclavizarles y quitarles la confianza tan necesaria para mandar. Los hijos de los señores eran educados en palacio con los hijos de los reyes. Teníase un gran cuidado en que ni viesen ni oyesen ninguna cosa mala; se daba cuenta al rey de su conducta: y este parte no solo se le daba muy continuamente, sino que se le habia de dar circunstanciándole todos los por menores, espresando los castigos y recompensas á que se habian hecho acreedores, con las causas que los habian motivado. La juventud, que

presenciaba todo esto, aprendia desde una edad temprana, con la ciencia de obedecer y de mandar, las habitudes de la virtud. Con una tan bella institucion, ¿cuánto no debiera esperarse de los reyes de Persia y de su nobleza si se hubiese tenido tanto cuidado en dirigirles bien en una edad mas adelantada como se habia tenido en instruirles durante su infancia! Pero las costumbres corrompidas de la nacion los arrastraban bien pronto á los placeres, contra los que no puede sostenerse ninguna educación. Sin embargo, menester es confesar que, á pesar de la molicie de los persas, y á pesar del cuidado que tenian de su belleza y de su adorno, no les faltaba valor. Siempre se ha advertido en ellos cierta noble emulacion, y han dado ilustres pruebas de poseer esta prenda de las almas nobles. El arte militar tenia entre ellos la preferencia que merecia, como siendo aquel á cuyo abrigo pueden ejercerse con descanso y seguridad todas las demas. Pero jamas supieron conocer la esencia de la profesion militar, ni el influjo que tiene en un ejército la serenidad, la disciplina, el ordenamiento de las tropas, el orden en las marchas y en los campamentos, ni en fin, las evoluciones que hacen mover las grandes masas sin confusion, y con la precision y exactitud necesarias para no entorpecer sus movimientos. Creian haber hecho cuanto podia hacerse cuando habian reunido sin eleccion un

pueblo inmenso que marchaba al combate con resolucion, pero sin orden, y que se encontraba embarazado con una infinita multitud de personas inútiles que el rey y los grandes llevaban en pos de sí únicamente para su placer: porque su molicie era tal y tan grande, que querian tener en el ejército la misma magnificencia, las mismas comodidades, diversiones y deleites que en los lugares en donde la corte hacia su mansion ordinaria; de manera que los reyes marchaban acompañados de sus mugeres, de sus concubinas, de sus eunucos, y de cuanto podia servir á sus placeres. Llevaban consigo la vajilla de oro y de plata, muebles preciosos en un excesivo número, y en fin, todo el aparato que exige una vida tan voluptuosa. Un ejército formado de esta manera, embarazoso ya de suyo por la excesiva muchedumbre de sus soldados, y sobrecargado ademas con el desmedido número de los no combatientes, era inmanejable. En esta confusion no podian hacer movimientos concertados; las órdenes siempre llegaban tarde, y en una accion todo iba á la ventura, sin que se encontrase nadie en estado de poder contener el desorden. Unase esto á que era necesario dar un golpe de mano para acabar con él la guerra que se emprendia, y poder pasar con toda rapidez al pais que se trataba de ocupar, sin lo que absolutamente era perdido: porque este cuerpo inmenso, codicioso no solo de

lo necesario á la vida, sino tambien de lo que servia para satisfacer sus placeres lo agotaba todo en nada de tiempo; y ni aun puede concebirse de dónde sacaba las subsistencias que necesitaba.

Sin embargo, con este gran aparato los persas admiraban á los pueblos que no sabian hacer la guerra mejor que ellos. Aquellos mismos que sabian hacerla se encontraban ó bien debilitados por sus propias divisiones, ó sorprendidos y consternados por la asombrosa multitud de los enemigos que caian sobre ellos; y á esto debe atribuirse que el Egipto, no obstante la superioridad que le daban su antigüedad, sus sabias instituciones y las conquistas de Sesostris, se sometiese á los persas. Tampoco les fue difícil sojuzgar el Asia menor, y aun las colonias griegas, corrompidas por la molicie del Asia. Pero cuando fueron á la Grecia y encontraron en ella lo que jamas habian visto, una milicia reglada, gefes espertos, soldados acostumbrados á vivir con poco, cuerpos endurecidos en el trabajo, ágiles y diestros en la lucha que aprendieran en los ejercicios ordinarios de su pais; ejércitos medianos á la verdad, pero semejantes á aquellos cuerpos vigorosos en que todo es nervio y espíritu; y ademas tan bien mandados y tan obedientes á las órdenes de sus generales, que parecia que una sola y misma alma animaba á todos los soldados, pues que

tal era el concierto y precision en sus movimientos, encontráronse desalentados.

Pero lo que la Grecia tenia de mas grande era una política firme y previsorá, que sabia abandonar, arriesgar y defender, segun lo exigia la necesidad, y, lo que es mas grande todavía, un valor al que el amor de la libertad y el de la patria hacian invencible é incontrastable.

Los griegos, naturalmente espirituales y valerosos, habian sido civilizados desde una hora temprana por los reyes y las colonias que vinieron á su pais del Egipto, las que, habiéndose establecido desde los primeros tiempos en diversos puntos del pais, difundieron por todos ellos la escelente policia de los egipcios. De ellos aprendieron los ejercicios gimnásticos, la lucha, la carrera á pie, á caballo, y en carros, y los demas ejercicios que llevaron á su perfeccion, estimulados por las gloriosas coronas de los juegos olímpicos. Pero lo mejor que les enseñaron los egipcios fue hacerse dóciles, y á dejarse formar por las leyes que les inspiraron amor al bien público. No eran particulares que no piensan mas que en sus negocios privados, y no sienten los males del estado hasta tanto que les llega el turno de sufrir, ó que el reposo de su familia se ve perturbado: los griegos estaban enseñados á mirarse recíprocamente con interés, y á mirar á sus familias como parte de un gran

cuerpo, que era el cuerpo del Estado. Los padres educaban á sus hijos en este espíritu; y los hijos aprendian desde la cuna á mirar á la patria como una madre comun, á quien pertenecian mas todavía que á sus padres. La palabra civilidad no significaba solamente entre los griegos la afabilidad y la mútua deferencia que hace á los hombres sociables; el hombre civil no era otra cosa mas que un buen ciudadano, que se considera siempre como miembro del Estado, y que se deja gobernar por las leyes conspirando con ellas al bien público, sin emprender nada contra ninguno. Los antiguos reyes que la Grecia tuviera en diversos paises, tales como un Minos, un Cecrope, un Teseo, un Codro, un Temenes, un Cresfonte, un Euristenes, un Patrocles, y otros semejantes, habian formado este espíritu en toda la nacion. Todos fueron populares, no lisonjeando al pueblo, sino procurando su bien y haciendo reinar la ley.

¿Qué diré de la severidad de los juicios? ¿Qué tribunal hubo jamas mas respetable que el del Areópago, tan reverenciado en toda la Grecia, y del que se decia que eran los mismos dioses quienes le formaban? Fue célebre desde los primeros tiempos, y sin duda Cecrope le fundó por el modelo de los tribunales de Egipto. Ningun tribunal ha conservado por tan largo tiempo la reputacion de su antigua severidad; jamas en él tuvo entrada la falsa y pomposa elo-

ciencia que solo sirve para deslumbrar y fascinar la razon.

Civilizados asi los griegos, creyeronse poco á poco capaces de gobernarse á si mismos, y la mayor parte de las ciudades se constituyeron en repúblicas. Pero sabios legisladores que aparecieron en todos los países, un Tales, un Pitágoras, un Pitaco, un Licurgo, un Solon, un Filolás, y tantos otros como la historia señala, impidieron que la libertad degenerase en licencia. Leyes simplemente escritas y en pequeño número mantenian á los pueblos en su deber y hacíanles concurrir al bien comun del país.

La idea de libertad que inspiraba semejante conducta era admirable. Porque la libertad, tal como la entendian los griegos, era una libertad sometida á la ley, es decir, subordinada á la razon y á la conveniencia pública, reconocidas por todo el pueblo. No querian que los hombres tuviesen poder entre ellos: los magistrados, respetados y temidos mientras ejercian su ministerio, volvian á la clase de particulares sin conservar mas autoridad que la que les daban sus virtudes y su esperiencia. La ley era mirada como la soberana: ella era la que establecia los magistrados, la que arreglaba el ejercicio de su poder, y la que castigaba su mala administracion.

No se trata ahora de examinar si estas ideas son tan sólidas como especiosas. En fin, la Gre-

cia se hallaba encantada con ellas, y preferia los inconvenientes de la libertad á los de la sujecion legítima, aunque en efecto mucho menores. Pero como cada forma de gobierno tiene sus ventajas, las que la Grecia sacaba del suyo eran que los ciudadanos se aficionasen tanto mas á su país cuanto que todos concurrían mancomunadamente á gobernarle, y cuanto que cada individuo podia llegar á obtener las primeras magistraturas.

Es increíble lo que trabajó la filosofia para conservar el estado de la Grecia. Cuanto mas libres eran los pueblos, mas necesario era establecer en ellos, por buenas razones, las reglas de las costumbres y las de la sociedad. Pitágoras, Tales, Anaxágoras, Sócrates, Archytas, Platon, Jenofonte, Aristóteles, y otra infinidad de filósofos dieron á la Grecia bellos preceptos. Hubo, sí, estravagantes que usurparon el nombre de filósofos; pero los que eran seguidos eran los que enseñaban á sacrificar el interés particular y hasta la vida, al interés procomunal y á la salud del Estado; y esta era la máxima mas comun de los filósofos, que era menester ó retirarse de los negocios públicos, ó no mirar en ellos mas que el bien comun.

Pero ¿para qué hablar de los filósofos? Los mismos poetas que andaban en las manos de todo el pueblo, les instruian mas que les divertian. El mas afamado de los conquistadores mi-

raba á Homero como un maestro que le enseñaba á reinar bien. Aquel gran poeta no enseñaba menos á obedecer bien que á ser buen ciudadano. Aquel y tantos otros poetas, cuyas obras no son menos graves que agradables, no celebran mas que las artes utiles á la vida humana, ni respiran mas que el bien público, la patria, la sociedad, y la admirable civilidad que hemos explicado antes.

Cuando la Grecia, educada de esta manera, contemplaba á los asiáticos con su delicadeza, engalanados con sus adornos, y envaneidos con su belleza, semejante á la de las mugeres, les miraba con desprecio; pero su forma de gobierno que no tenia por regla mas que la voluntad del principe, soberana de todas las leyes, y aun de las mas sagradas, le inspiraba horror: y esto unido hizo que los barbaros fuesen para toda la Grecia el objeto mas odioso.

Este odio nació en los griegos desde los primeros tiempos, y llegó á connaturalizarse con ellos. Una de las cosas que hacia amar con preferencia las poesias de Homero, fue porque cantaba las victorias y las ventajas que la Grecia habia conseguido sobre el Asia. El Asia estaba representada por Venus, es decir, por los placeres, los locos amores y la molice: á la Grecia la representaba Juno, esto es, la gravedad con el amor conyugal; Mercurio con la elocuencia; Jupiter y la sabiduria política. En favor del Asia

militaba Marte, impetuoso y brutal, es decir, la guerra hecha con furor: en el de la Grecia Pallas, que quiere decir el arte militar y el valor dirigido por el talento. Desde entonces la Grecia estuvo siempre en la creencia de que la inteligencia y el verdadero valor eran su natural patrimonio. Se indignaba al solo pensar que el Asia imaginase subyugarla, y no podia ni sufrir esta idea; y sometiéndose á su yugo hubiera creído someter la virtud al imperio del demente, el espíritu al cuerpo, y el verdadero valor á una fuerza insensata y brutal que se hacia solo consistir en el número.

Hallándose la Grecia poseida de estos sentimientos fue atacada por Darío, hijo de Histaspes, y por Gerges, con un ejército en tal manera grande que parece fabuloso, tan enorme era. Inmediatamente preparáronse todos para defender su libertad. No obstante que todas las ciudades de la Grecia formasen otras tantas repúblicas, el interés comun las reunió, y ya no se trató desde aquel instante de otra cosa entre ellas mas que de ver quién haria mas en favor de la causa comun. Nada costó á los atenienses abandonar su ciudad al pillage y al incendio; y luego que hubieron puesto en salvo á sus ancianos padres, sus mugeres y sus tiernos hijos, embarcaron á todos los que se hallaban en estado de tomar las armas. Para detener por algunos dias al ejército persa en el paso de un desfiladero, y para